



SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año I

24 de diciembre de 1887

Núm. 8



LAS TRES MONEDAS DE ORO

Ayuntamiento de Madrid

POBRE CHICA...

I

ANITA subía desde el cuchiribitil del portero, lentamente, las escaleras hasta el piso principal. Parecía acobardada y dudosa, y solía quedarse un largo espacio de tiempo ante la magnífica puerta del referido piso, sin atreverse á coger el llamador de la campanilla.

Anita era una pequeñuela de diez años y medio, delgadita, con grandes ojos negros luciendo en una faz pálida y triste. Vestía pobremente, si bien su

sayuela de estameña tosca, sus falditas de percal y sus alpargatas, mostraban, como el peinado de la niña, la limpieza y el esmero de su pobre madre, la *señá* Micaela, portera de la casa.

Tardaba en decidirse á llamar, y por fin lo hacía tan débilmente que á veces le era necesario repetir la acción; pero siempre, por recio que llamase, no hacía sino producir un leve estremecimiento en la campanilla.

Un día, al oír este imperceptible tintineo de la campanilla, exclamó Margarita:

—¡Ya está ahí, ya está ahí la chica de la portera! ¡Cuánto vamos á jugar esta tarde!—Y diciendo esto la señorita, una niña rubia, sonrosada y elegante, y poco más ó menos de la misma edad que Ana, corrió por el pasillo de la casa hasta la puerta de la escalera á recibir á su ami-



El arrepentimiento de Dorotea

guita, la cual, no bien la veía, cobraba ánimos, se echaba á reír, y sin duda que miraba ante sus ojos el cielo abierto, como suele decirse.

La tarde á que hacemos referencia, Margarita condujo á la niña de la portera á su cuarto de juguetes, según hacía otras veces.

—Ven,—le dijo;—verás una preciosa cocina, regalo de mi abuelita.

II

El cuarto de juguetes era una maravillosa habitación, en la cual al verse la chica de la portera, abría desmesuradamente los ojos. ¡Cuánta cosa había allí, y qué preciosidades se daban reunidas en el cuarto! Había lo menos diez ó doce muñecos de todos tamaños, infinito número de cachivaches diminutos para la cocina, de juguetes, muebles preciosos, y, en fin, una casa completa.

—Mira, Anita: tú eras la señora y yo la criada: ¿quieres?—dijo la niña de los señores á la hija de la portera.

—¡Oh, no!... ¡Yo no me atreví!—replicó cuasi avergonzada Anita, pero, á la verdad, deseosa de hacer siquiera por unos momentos el papel de señora.

—Sí, tonta, sí,—tornó á decir Margarita.—¿No ves que será jugando? Toma: tú te ponías este chal viejo de mi mamá, y estabas sentada en la sala. Llamo yo, abren la puerta, y vengo á ver si me acomodo en tu casa... Tú me recibías, y luego todo lo demás.

No obstante, la nueva señora estaba temerosa. En otros juegos había conservado algo de su infantil atrevimiento, pero para aquél sentíase cobarde sin saber por qué. En tanto Margarita le fué poniendo sobre los hombros el que ella decía chal viejo de su mamá, pero que á la niña de la portera hubo de parecerle una riquísima prenda de vestir con sus preciosos abalorios y labores de pasamanería sobre terso y fino raso. Margarita la sentó en un silloncito de terciopelo, y le puso una linda capota; con la cual creyó deber mirarse á un espejito que había en un tocador de muñecas, Anita, pensando que se había realmente transformado cuando menos en toda una señora duquesa.

—¿Quieres que juguemos á esto?—le preguntó Margarita.

—Sí, quiero: jugaremos,—exclamó completamente satisfecha la niña de la portera. Y como si con la ilusión que se hacía la pobrecilla hubiera cobrado doble energía, comenzó á decir, la muy parlera, que ella se sabía muy bien lo que tenía que hacer y decir una señora «de verdad;» y con esto no pudo Margarita disimular su risa burlona al ver tan engreída y vanidosa á la chicuela.

—¿Sabes, Margarita? Yo tenía coches é iba al teatro y á las reuniones *finas*, como tu mamá, con señores marqueses y *duqueses*, y á los bailes, donde van los señores y los obispos.

—¡Anda! ¿Los obispos á los bailes? No digas disparates, mujer,—exclamaba Margarita sin poder dominar su risa ante las disparatadas fantasías de la niña de la portera. ¡Qué sabía esta infeliz de todo aquello, si la pobre no había visto en su vida más que el oscuro tabuco de la portería, ó cuando más las gentes que pasaban por la calle!

Por fin, comenzó el juego.—¿Cuánto ganabas, muchacha?—preguntó con tono soberbio Anita á Margarita. Esta protestó: á los criados no se les habla de tú.



El arrepentimiento de Dorotea

—Yo hablo á los criados como me parece... ¿Entiende V.?—exclamó formalizándose la niña de la portera.

—Pues bien: nueve duros son los que he ganado hasta hoy. Si la señora quiere darme algo más...

—No se me llama á mí *la señora*: me llamabas *D.^a Anita*,—replicó la niña de la portera con cierto cómico y delicioso mohín de dignidad ofendida, que fué motivo de nueva risa y nuevas burlas por parte de Margarita. Al fin llegaron á ajustarse el ama y la criada: aquélla mirando de alto á bajo á ésta, y ésta pensando en que sin duda iba á tratar á una señorona *cursi* de esas que se dice que son «hechas de pronto.»—¡Cuidado que es feo eso de llamarle *doña*... como á un ama de huéspedes!—se decía Margarita.

Por lo demás no fué posible que se entendieran una criada tan distinguida



El arrepentimiento de Dorotea

como Margarita y una señora tan zafia como la niña de la portera. ¡Pobre ilusa, desventurada Anita, á quien en un momento debió parecer real y verdadero lo que sólo era un juego! No cesó de reirse de la gran señora su criada al oírle decir:—Vaya *osté* á compra y véngase *trempano*, y de seguida póngase á *gobernar* el *pochero*.—¡Pues y cuando fingía recibir alguna visita que Margarita había anunciado, nombrando algún título retumbante para hacer como que eran personajes importantes los que acudían á ver á su señora!—Síntese V., excelentísimo señor conde,—decía la niña de la portera haciendo mil grotescas reverencias al invisible caballero.—Mi hombre no ha venido: puede que se haya *entrao* en el café á beberse *un medio*; pero no tardará, señor marqués. Echese usted á *todo* lo largo en esa butaca.

Vamos, que le era imposible á Margarita seguir jugando sin reir, y reir á más no poder, viendo las ridiculezas de su ama.

¡Ah! pero repetimos que ésta se lo había creído, y hablaba con imperio, y ponía ceñuda su carita pálida, y propinaba, sin razón ni motivo, mil groseros insultos á la supuesta criada; por modo que á ésta ya le iba pare-

ciendo un poco desagradable el juego.

—Ponga V. el bacalao á lreajo, que hoy vienen dos *duqueses* á cenar conmigo,—exclamó Anita.

Aquí sí que hubo de soltar el trapo á reir Margarita, por lo que Ana le reprendió duramente, y Margarita protestó de aquello, que ya iba pasando de juego.

—No, señor; así no juego: las señoras no son unas tías; ¿entiendes?

—Le he dicho que ponga el guiso para la cena; y si me replica V., le pego una bofetada.

Y miren lo que son las cosas: ó la niña de la portera creyó que las protestas de Margarita eran fingidas, que sin duda esto debió pensar, ó estaba tan llena de vanidad que hubo de olvidarse de todo: lo cierto fué que largó un bofetón á Margarita.

—Así aprenderá V. á servir á D.^a Ana,—decía la niña de la portera.

—¡Que me has hecho daño!—exclamó Margarita.—Ea, ya no juego: es imposible jugar con fieras como tú,—añadió la niña llorando de dolor y de vergüenza.

Al poco rato Anita, cayendo de su engaño, confusa y temerosa, pegando la espalda á las paredes y con la cabeza baja, salió del cuarto principal y fué á esconderse en el fondo del cuchiribitil de la portería.

Cuando Margarita refería todo esto á su mamá, ésta hubo de sorprenderla con una mirada severa.

—La pobre Anita no sabe el mal que ha hecho... Ni tú puedes comprender el bien que, también sin saberlo, te ha ofrecido. Tú, que maltratabas ayer á la camarera, aprende. Figúrate que no por juego, sino verdaderamente, llegues algún día á ser criada... y dar con un ama como Anita... ¡Oh! ¡No sabemos bien todo el peso de dolores que abruma á los humildes!

JOSE ZAHONERO

GLORIA IN EXCELSIS DEO

ENTRE las diversas festividades que nuestro almanaque registra, ninguna es tan universalmente celebrada como la Natividad del Señor. Es éste un día que, á la par de la augusta solemnidad que le acompaña, trae consigo las más puras y legítimas alegrías. Es la fiesta del hogar y de la familia, el día que los niños disfrutaban de las más gratas satisfacciones; y los que no lo son, dan en recordar los felices y venturosos días de la primera edad.

¡El nacimiento del Hijo de Dios! En medio de su sublime sencillez, ¡cuánta grandeza encierra la página de este hermoso día, que fué el del origen de nuestra redención! El dulce Hijo de María nació en esta noche de luz eterna, en un mísero portal de Belén. Al contacto del aire llora de frío el excelso Niño, y su santa madre no tiene ropa con que abrigar su delicado cuerpo. ¿Cabe más alto ejemplo de humildad? ¿No podía el Eterno Padre con sólo pensarlo, disponer para su Hijo el más maravilloso palacio, dotado de cuantas comodidades le pluguiera crear? ¡Oh, sí! Podía hacerlo, que no hay imposibles para el Creador Eterno; pero su Hijo debía ser el Redentor de todo el linaje humano. Su reino no estaba en este mundo: destinado á dar constante ejemplo de sus altísimas virtudes, y, sobre todo, de su excepcional humildad, no podía nacer en dorada cuna, ni contar con medios que los desvalidos no poseían. Nació, pues, el Hijo de Dios, como el más pobre y el más triste de los niños, siendo de esta suerte, desde que vino al mundo, el consuelo de los desamparados; que gran confortación es para un alma piadosa inspirarse siempre en los altos ejemplos que El nos legó.



El arrepentimiento de Dorotea

El cielo se inundó de esplendorosa luz al nacer el divino Niño; los astros, semejantes á flores diamantinas desprendiéndose de un manto azul, corrían de uno á otro lado del firmamento. La estrella de Oriente guiaba á los Reyes Magos para que fuesen á prestar al excelso niño el debido homenaje. Los pastores corrían afanosos para llevarle sus modestas ofrendas, en tanto que en los aires los coros de ángeles saludaban la venida del Mesías cantando:

¡Gloria in excelsis Deo!

¡Gloria á Dios en las alturas! Esto repite hoy la Iglesia católica, esto repite á su vez el mundo cristiano, y éste será el cántico que hasta la consumación de los siglos elevará á su Dios la humanidad.

El se hizo niño, y padeció frío y persecuciones, y lloró por nosotros.

Se hizo hombre, y, para redimirnos, nos hizo el sacrificio de su vida.

Murió, y fué su testamento su postrer mandato: el que nos amáramos los unos á los otros. Qué menos pues que, al recordar que tanto le debemos, digamos con la iglesia:

¡Gloria in excelsis Deo!

A. OZORES





El árbol de Navidad

Ayuntamiento de Madrid

A MI PADRE

Tengo yo, de mi hogar en los escaños
sentado, al padre que me dió la vida;
y en él, resplandeciendo con los años,
su preclara virtud, nunca perdida.

La hermosa aureola de cabello cano
le cubre, y hace el venerable viejo
que, á la par que bendice con su mano,
de sus labios se escucha el buen consejo.

¿Qué podré yo decirle?... ¿Qué palabra
podrá envolver lo que decirle ansio?
«Padre!» Tal nombre tus venturas labra.
Pues bien: quiero llamarte «padre mío!»

Padre amoroso que en mi tierna infancia,
domeñando rudezas é inquietudes,
á aspirar me enseñaste la fragancia
balsámica que esparcen las virtudes.

Padre henchido de amor, que me llevaste
de la mano á la escuela, y, en lecciones
de tus labios, la dicha me mostraste
solamente en obrar buenas acciones.

Padre de bendición, los ojos fijos
en templar de la vida los rigores,
que el camino les muestras á tus hijos
quitando espinas y sembrando flores.

No me olvido, no, padre; no me olvido
ni un solo instante los consejos sabios
que dulce, cariñoso, enternecido,
brotar vi un día de tus puros labios.

«Hijo mío!»—exclamabas.—Ve la senda
del bien obrar, que nos conduce al cielo:
haz que sus alas vigorosa extienda
por ella tu alma en remontado vuelo.

«No es la vida esta vida en que vivimos
en el mundo, apenada y transitoria:
nacemos de verdad, cuando morimos,
otra vida á vivir de eterna gloria.

«Cuanto ves en la tierra es pasajero:
no te halague, hijo mío, su riqueza,
ni olvides, al llamarte caballero,
que no está en los blasones la nobleza.

«Ni te alces orgulloso, ni tu cuello
doblegues á la adusta tiranía:
el hombre es libre; libre, y lo más bello
la libertad con la virtud por guía.

«Sé constante, sufrido y laborioso,
porque al hombre el trabajo no sonroja;
porque siempre más tierno y más sabroso
verás el pan que en el sudor se moja.

«Si eres pobre, sé bueno; si eres rico,
del pobre enjuga el lacrimoso duelo;
si te asalta un dolor, yo te suplico
que alces tus ojos y tu frente al cielo.»

Así dijiste un día, y extasiado
te escuchaba. ¿Recuerdas? Débil niño
era entonces, y un beso delicado
compendiaba el caudal de mi cariño.

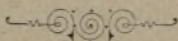
En mi pecho grabé, de gozo lleno,
los preceptos que diste á mi inocencia,
y aun escucho decir: «Hijo, sé bueno»
cuando escucho la voz de mi conciencia.

Tú eres, padre, mi egida protectora;
tú eres el norte que mis pasos guía;
fuístelo ya de mi infantil aurora
y al subir de mi edad al pleno día.

Por eso yo, en mis plácidos cantares,
dulce te ensalzo, y, cual si niño fuera,
te pido cariñoso que me ampare
con tu suave palabra consejera.

Por eso le suplico al cielo santo
no me aparte de ti en el desvarío;
y por eso mil veces en mi canto
répito con dulzura: «Padre mío!»

EZEQUIEL SOLANA



LOS NIÑOS DE LA BIBLIA

Moisés

Los hijos de Jacob, establecidos en Egipto, se multiplicaron prodigiosamente, llegando á ser en poco tiempo un pueblo numeroso; pueblo escogido en medio de otro pueblo que no creía en el Dios verdadero. Este acrecentamiento de gente extraña por su origen, fe y costumbres, hubo de inquietar á los egipcios, y el rey Faraón persiguió resueltamente á los hebreos, cargándolos de impuestos y sometiéndolos á los más duros trabajos para exterminarlos.

Pero de nada sirvió al rey de Egipto su cruel política, viendo con despecho que, á pesar de ella, seguía en aumento la raza de Israel. Entonces imaginó una maldad hasta entonces inaudita; y fué mandar á las comadres que, cuando asistieran á las mujeres hebreas en el momento de dar á luz el fruto de sus entrañas, ahogaran sin compasión á los varones, perdonando sólo á las hembras.

Por fortuna velaba el Señor sobre su pueblo, y tocando el corazón de las comadres les hizo oír con horror el mandamiento del rey, y formar firme y valerosa resolución de salvar á los pobres pequeñuelos, desobedeciendo al bárbaro Faraón.

Con esto siguió creciendo Israel, y, viéndolo con despecho el rey, cortó por lo sano diciendo á su pueblo:—Arrojad sin ningún temor; arrojad al río á toda criatura que del sexo masculino nazca de mujer hebrea: lo mando yo.



Un nido en un zapato

Por aquel tiempo, y bajo el terror de tan bárbaro mandato, hubo de nacer un niño, lleno de gracia, en la tribu de Leví; y Jocabed, su madre, temiendo

por su vida, lo tuvo oculto en su casa por espacio de tres meses. Pero arre-
ciando la persecución contra los niños, y no pudiendo ya ocultar el suyo por
más tiempo, tomó una cesta de mimbre, la embreó bien por fuera, y, poniendo
dentro al párvulo, fué á exponerlo á la orilla del río de lágrimas. A vista de
la cesta quedó una muchacha, hermana suya, para ver lo que ocurría.

Y ocurrió que, bajando á bañarse al río la princesa Termutis, hija de Fa-
raón, con sus esclavos, acertó á encontrar la cesta abandonada, y dentro de
ella al niño lleno de gracia.

La noble princesa, que por compasiva y tierna no parecía hija del fiero
Faraón, tuvo lástima del niño abandonado en tan interesante pequeñez, y,
aprovechando tan favorable ocasión la hermana escondida entre el ramaje,
salió y fué á postrarse á los pies de la princesa, ofreciéndose á buscar una
nodriza. Termutis aceptó el ofrecimiento, y la muchacha fué corriendo y vol-
vió con Jocabed, su madre.

—Toma este precioso niño,—le dijo la princesa.—Láctalo para mí, la hija
de Faraón, y te pagaré con largueza.

Jocabed tomó el párvulo, que era su propio hijo, y se lo llevó sobre su co-
razón, alegre y gozosa ya por la valiosa protección que aseguraba su vida á lo
menos. Y ya en días mayores, aunque pequeño aún, la princesa egipcia adop-
tó por hijo al párvulo, dándole el nombre de *Moisés*, que vale tanto como *sa-
cado de las aguas*.

El niño Moisés creció en el palacio de Faraón, cerca de la princesa Termu-
tis y á la sombra de su protección y cariño. Y con esta solicitud por parte de
ella, y la buena voluntad de los sabios llamados para educarlo, Moisés llegó á
aprender todas las ciencias y nobles artes de Egipto. Pero ni en los esplendo-
res del palacio, ni en la abstracción del estudio, ni en la tentación de la
lisonja, olvidó jamás la fe de sus padres el predestinado por Dios para cau-
dillo y legislador de Israel.

Así llegó Moisés á la plenitud de la edad al lado de Termutis, que lo ama-
ba como á hijo; hasta que al fin, temiendo el odio y venganza de Faraón por
la protección que daba á sus hermanos, los hebreos, contra los egipcios, que
los maltrataban, huyó del alcance de su brazo, y fué á morar á tierra de
Madián.

Moisés fué luego el gran caudillo que libertó al pueblo de Dios sacándolo
de la esclavitud de Egipto. Fué el primero y el mayor de los legisladores, go-
bernando al pueblo escogido, con sabiduría sobrehumana; y en el orden reli-
gioso fué el gran sacerdote que habló con Dios cara á cara, y el que recibió
en el Sinaí las dos tablas de piedra en que el dedo de Jehová escribió los man-
damientos de la ley.

CECILIO NAVARRO



— NUESTROS GRABADOS —

LAS TRES MONEDAS DE ORO

Cuando el tío Carlos iba á pasar el día de Navidad con su hermana, siempre hacía un regalo á cada uno de sus tres sobrinos. El año anterior habíales dado un durillo de oro, recomendándoles que lo gastaran bien.

Al día siguiente Enrique y Arturo fueron á una tienda de juguetes. El primero compró bolitas de mármol, una pelota, un trompo, una escopeta, un cortaplumas y una bolsita llena de azúcar piedra.

—¿No has comprado nada para nuestra hermanita Susana?—le preguntó Arturo.

—Yo no: el tío me dijo que ese dinero era para mí. Susana se comprará sus cosas.

—Pues yo le llevaré una muñeca,—contestó Arturo,—porque sé que le agraderá mucho una nueva; y, además, yo tengo ya los juguetes que necesito.

—Déjala á ella comprar-se sus muñecas,—replicó Enrique, alejándose con sus juguetes.

Arturo se disponía ya á comprar la muñeca; pero de pronto vió á una pobre muchacha, que estaba á la puerta, cubierta de nieve. Tenía el rostro demacrado y pálido, y los pies desnudos, y tiritaba de frío: la pobre vendía cajas de fósforos.

—Cómprame V. una,—dijo al muchacho.—Tengo á mi madre enferma y no hay en casa un pedazo de pan.

Arturo tomó todas las cajas de fósforos y depositó su durillo de oro en la mano de la muchacha, acompañándola después á comprar pan, carne y leche.

Al día siguiente Enrique enseñó los juguetes que había comprado. Santiago, uno de los hermanos, no había querido gastar su dinero á fin de aumentar sus ahorros.

—Veamos lo que has comprado tú, Arturo,—dijo el tío.

—Treinta cajas de fósforos para mi madre,—contestó el muchacho.

Todos se echaron á reír; pero Susana refirió lo que había pasado, y su tío dijo que era el que había gastado mejor su dinero, puesto que con él pudo aliviar á una familia que sufría hambre.

Y ¿cuál os parece que obró mejor, niños: Enrique, que gastó el duro para sí; Santiago, que lo guardó; ó Arturo, que proporcionó alimento á una pobre y á su hija?



El gato Minino

EL ARREPENTIMIENTO DE DOROTEA

La madre de la niña Dorotea tuvo que ir cierto día al pueblo inmediato para evacuar ciertas diligencias y buscar á la abuelita de su hija. El coche llegó á la puerta antes de que

acabara de vestirse, y no pudiendo detenerse encargó á su hija que barriera bien la casa, diciéndole:—La semana pasada lo hicistemuy bien, y espero que esta vez me dejarás igualmente satisfecha.

Dorotea comenzó á gimotear porque no podía ir en el coche con su madre, y parecíole una crueldad que la dejaran en casa cuando tanto deseaba salir. Poseída de enojo, sentóse junto á la ventana hasta que perdió de vista el coche, y levantándose luego murmuró:—Yo no tengo ganas de barrer, y lo haré de cualquier modo, ya que me han dejado en casa.

En efecto: apenas quitó el polvo de las mesas y las sillas, y sólo pasó la escoba ligeramente por las habitaciones.

Cuando volvió la madre, acompañada de la abuelita, las dos elogiaron el celo de Dorotea; y la anciana le dijo:—Me agrada que las niñas sepan desempeñar los quehaceres de la casa, porque así estarán bien enseñadas cuando lleguen á ser mujeres.

Al oír este elogio Dorotea se avergonzó de haber hecho tan mal lo que su madre le había mandado, y estuvo triste durante todo el día; pero á la mañana siguiente levantóse muy



El gato Minino

temprano y comenzó á limpiarlo todo cuidadosamente, sintiendo no haber hecho lo mismo cuando su madre se ausentó, porque así habría merecido justamente los elogios de que fué objeto.

Durante largo tiempo Dorotea no olvidó aquel incidente, que fué para ella una buena lección, porque comprendió que, cuando una niña no obra bien, se arrepiente más pronto ó más tarde.

UN NIDO EN UN ZAPATO

Cierta tarde de verano, un viajero que había recorrido una larga distancia se echó en un montón de hojas, y antes de entregarse al sueño quitóse un zapato que le hacía daño en el talón. Al despertar, por la mañana, levantóse para proseguir su marcha, mas no pudo ponerse el zapato, porque se le había hinchado el pie, y en su consecuencia lo arrojó lejos de sí y quedó enganchado en la rama de un arbolillo.

El viajero continuó su marcha, dejando aquel recuerdo de su permanencia en el bosque.

A los pocos días un pajarillo vió el zapato, y, pareciéndole que era muy á propósito para formar su nido, fué en busca de la hembra, y los dos comenzaron á introducir en él hojas y briznas de yerba, formando en el zapato un gracioso y cómodo nido.

Elisa y su papá fueron un día á pasear al bosque para coger flores, y de pronto llamóles la atención el zapato colgado en el arbolillo. La niña vió el nido, y su padre dobló el tronco para que su hija mirase lo que había en el interior: contenía cinco huevecillos azulados, casi

ocultos entre las hojas y la yerba. Elisa, muy satisfecha de aquel hallazgo, quiso cogerlos; pero su padre no se lo permitió, y algunos días después le enseñó los cinco pajarillos que habían salido del cascarón.

EL ÁRBOL DE NAVIDAD

¡Con cuánta ansiedad es esperado el gran día por los que han de recibir los dones del bendito *árbol de Navidad*! Costumbre es esa que se usa en la mayor parte de las naciones extranjeras en equivalencia de lo que sucede aquí el día de Reyes. En la *Noche buena* mótase un árbol, guarneciéndolo con infinidad de dulces y chucherías que vienen á colmar de alegría á la gente menuda, para la cual no hay en todo el año fecha más memorable, y con razón.

EL GATO MININO

Minino era un gato grande, de pelaje gris, que vivía en una hermosa casa. Gustaba á todos por lo manso, y nunca mordía ni arañaba á las criaturas. Lo único que le molestaba era el ruido.

Una tarde la niña Elisa quiso divertirse á expensas de Minino, y cogiendo una campanilla pequeña recorrió la casa tocándola con toda la fuerza posible. Minino fué á esconderse debajo de la falda de la abuela para que no le molestase tanto el ruido; pero la niña le encontró allí, y ató en el cuello del gato una cuerda en cuya extremidad estaba sujeta la campanilla. El animal no hizo aprecio al principio, porque estaba dormido; pero, al sentir que algo le molestaba, saltó de pronto y comenzó á correr alrededor de la habitación, muy espantado al oír tan próximo el sonido de la campanilla. En vano se esforzaba por cortar la cuerda con los dientes; y al fin, aturdido ya, saltó por la ventana al patio, mientras que Elisa se reía á carcajadas. El perro, que estaba en el patio, comenzó á ladrar, persiguiendo á Minino, que salió de la casa corriendo y saltó á un árbol. Inútilmente le llamaron para que bajase, y Elisa prometió no volver á molestarle más.

Cuando ya iba á cerrar la noche, el padre se acercó al árbol, y, llamando con dulzura á Minino, consiguió que bajara, aunque la campanilla sonaba á cada uno de los movimientos del animal. Minino estaba tan espantado, que por el pronto no quiso correr ni separarse del lado de su protector.

Al día siguiente, con motivo de la celebración de una fiesta, disparáronse cohetes y fuegos artificiales; y el pobre Minino, huyendo siempre del ruido, fué á ocultarse en el saco de los trapos, donde pasó todo el día hasta que reinó el silencio.



El gato Minino

CÓMO CUIDÓ TOMÁS DE LA CRIATURA

Tomás tenía seis años. Llegado el día de su santo, deseaba celebrar tan fausto acontecimiento; pero érale preciso cuidar de la niña, su hermanita, porque su madre debía ausentarse para evacuar varias diligencias. Mucho le desagradaba esto al chico, tanto más cuanto que la pequeña comenzó á gritar y llorar; y no supo como arreglarse para apaciguar á la criatura.

Al asomarse á la ventana vió á un amiguito suyo que llegaba para jugar un rato en el paseo.

—Baja un poco,—gritó desde abajo al divisar á su compañero.

—No puedo,—contestó Tomás;—he de cuidar de la niña.

—Pues cierra la puerta y no podrá salir,—contestó el otro.

Tomás reflexionó sobre lo que podría hacer; y como entendía de criaturas más que su amigo, pensó que la niña podría quemarse contra la estufa, ó tirar del tapete de la mesa, ó romper la lámpara. De pronto le ocurrió una idea para evitar todo esto: corrió á la cocina

en busca de un martillo y unos clavos, y con éstos sujetó el vestido de su hermanita en el suelo. Hecho esto, salió y fué á reunirse con su amigo para jugar un poco.

Una hora después llegó la madre, y desde luego vió que la puerta no estaba cerrada, no siendo poco su asombro al ver á la niña en el primer tramo de la escalera, pero sin vestido, el cual ha-



Cómo cuidó Tomás de la criatura

lló después clavado en el suelo, pues la niña lo había roto al verse sujeta.

Cuando Tomás volvió, reprendióle su madre severamente, sin que el chico pudiera explicarse cómo era posible que la niña hubiese conseguido librarse y llegar hasta la escalera.

UNA SORPRESA DE NAVIDAD

La noche anterior al día de Navidad, Eduardo y María colgaron sus medias, según la costumbre del país. La de Eduardo era roja y la de María azul: la primera más grande, porque el niño tenía dos años más, y la segunda pequeña.

Al despertar, por la mañana, bajaron la escalera corriendo, para ver qué regalos encontraban, y vieron las medias llenas. Debajo de éstas hallaron un paquete atado con una cuerda. No sospechaban qué pudiera ser, y abrieronlo presurosos para examinar su contenido.

El padre les dió un cuchillo, y Eduardo cortó la cuerda. El envoltorio tenía varios papeles, y era muy largo; y cuando llegaron al último no pudieron reprimir una exclamación de sorpresa: el contenido no era otra cosa sino su primo Santiago, que tenía la cara enrojecida por haber estado cubierto tanto tiempo, y que soltó la carcajada al observar la admiración de los niños.



LA FAMILIA HONRADA

(Continuación)

El anciano Frankland instalóse allí, pues, con su hijo mayor. Jaime se fué á Monmouth, donde encontró una plaza de dependiente en casa de un tendero de lencería, llamado el Sr. Cleghorn, que le tomó con preferencia á otros tres jóvenes que se habían presentado el mismo día.

—¿Os diré el motivo por que os he escogido, Jaime? —preguntó el señor Cleghorn.

—Supongo, —dijo Jaime, —que pensáis que he debido recibir buena y honrada educación; porque, según creo, habéis conocido algo á mi familia cuando vivía mi madre.

—En efecto: en aquel tiempo os he conocido también algo á vos. Habéis olvidado, sin duda, una circunstancia que ha quedado presente en mis recuerdos. No tendríais mucho más de nueve años. Vinisteis á mi tienda á pagar en nombre de vuestra madre una factura que presentaba una equivocación de una guinea en contra mía. Os apercibisteis de ello, y me entregasteis todo el dinero. Desde entonces os tuve, no solamente por un buen aritmético, sino por un honrado muchacho. Después he sido engañado por un dependiente en quien había depositado inconsideradamente mi confianza; pero esto no será óbice á que fíe en vos, porque sé que habéis sido bien educado, y una buena educación es la más segura garantía que un hombre puede dar de su moralidad.

Así desde la más tierna edad púedese ya presentir las cualidades futuras, y los niños heredan el buen nombre de sus padres: rica herencia que los caprichos de la fortuna no pueden arrebatarles jamás.

La excelente reputación de Paulina y de Fanny era conocida en toda la vecindad; y así, cuando no les fué posible permanecer ya en casa del anciano Frankland, no experimentaron ninguna dificultad en encontrar colocación; antes al contrario, muchas de las mejores familias de Monmouth se mostraron presurosas en tomarlas. Fanny entró en casa de la Sra. Hungerford, que pertenecía á una antigua familia. Era una mujer altanera, pero sin insolencia; era generosa, si bien no pasaba generalmente por ser muy afable. Tenía muchos hijos, y rogó á Fanny Frankland cuidase de ellos.

—Sed exacta en seguir mis recomendaciones, joven, —dijo la Sra. Hungerford. —Tened miramientos para con mis hijos, y no tendréis ocasión de quejaros de la manera como se os tratará en esta casa. Quiero que todo el mundo sea feliz en torno mío, desde los primeros á los últimos. Habéis recibido una educación superior á vuestra condición presente: espero y creo que justificaréis la buena opinión que tengo formada de vos.



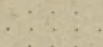
Cómo cuidó Tomás de la criatura

(Se continuará)

Soluciones á las charadas del número anterior: SARDANÁPALO.—TOSTADA.—ESCALINATA.—SOLDADO.

PROBLEMAS Y EJERCICIOS MENTALES

ROMBO



1.ª línea vertical y horizontal, consonante; 2.ª, cosa inmensa; 3.ª, objeto para escribir; 4.ª, persona mala; 5.ª, consonante.

CUADRADO



1.ª línea vertical y horizontal, persona del Africa; 2.ª, un metal en plural; 3.ª, cosa que sucede mucho; 4.ª, animales.

J. ARRÓ



Una sorpresa de Navidad

CHARADAS

— ¡Tres cuatro! Aparte usted eso; esa una y cuatro es mortal. Si no quiere usted crearme, tres dos y no habrá ya paz. Todo, créame usted á mí y no se arrepentirá.

— ¡Cómo cuatro prima, todo! Jarabe, si no tres dos.
— Fui ayer á una prima cuarta, y después á una función de iglesia, en que la misa que entonces se celebró era conforme á un tres cuatro poco visto en la nación.

— ¡Ahí tienes, todo! ¿Con tres se dos prima esos? — ¡Pues!

— Don prima tercera, ¿le sirvo á usted dos?
— Calle de la todo á tomarlo voy.

ORESTES

ROMPE CHBEZHŞ

TARJETA

CRISTINO CALBIE

Lauria

Formar con los nombres de esta tarjeta el título de un semanario literario y artístico.

E. SOLÉ B.

Las soluciones en el número próximo

ADVERTENCIA.—Los tres primeros niños que envíen la solución de los problemas recibirán, como obsequio, un regalo; entendiéndose esto para cada número.

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: Apodaca, 10, 2.º, MADRID.—Ramón Molinas: Cortes, 365 y 367, BARCELONA

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 y 367.—BARCELONA.